

Panorama desde el puente foral

Pedro ZABALZA*

En noviembre de 1999 publiqué mi primera crítica de teatro en *Diario de Noticias*. Ha llovido desde entonces, y más en Pamplona/Mordor. Como gotas de lluvia, las columnas publicadas han ido salpicando las páginas del periódico durante estos quince años hasta terminar formando un caudal más o menos apreciable: calculo a ojo que habrán salido unas setecientas. Como es lógico, entre ellas hay de todo: buenas, malas y regulares. Pero, salvando las particularidades, creo que el conjunto sirve para hacerse una idea razonable del teatro al que tenemos acceso en Navarra (más exacto sería decir en Pamplona y sus alrededores). Visto, eso sí, desde el punto de vista del espectador: el que contempla desde lo alto del puente el torrente que circula a sus pies, sin correr el riesgo de mojarse; aunque sin conocer tampoco de primera mano el flujo de corrientes que circulan bajo la superficie de este río. Soy solo el pescador que echa el sedal esperando que piquen. Alguna buena captura ha habido en todo este tiempo.

Mi primera apreciación como tal espectador es que, en general, tenemos una cartelera teatral bastante aceptable. Por supuesto que no gozamos de la variedad ni de la cantidad de espectáculos que pueden encontrarse en grandes capitales, pero creo que Pamplona puede compararse con cualquiera de las ciudades de su entorno y salir bastante airosa en cuanto a la calidad de los montajes que se presentan. Aparte de comparar la programación local con la de otras capitales vecinas, suelo usar también el termómetro de mirar la lista de los nominados a los Premios Max y ver cuáles de ellos se han programado aquí. El resultado es variable según los años, pero suele salir un porcentaje razonable.

No quisiera tampoco caer en esa costumbre tan nuestra del ombliguismo complaciente. Sí que es cierto que no solemos tener la suerte de ver demasiados espectáculos internacionales. Aunque me crea cierta desazón el recuerdo de algunos que se han programado en salas navarras y que han contado con una asistencia de público más bien discreta. Me gustaría pensar que a lo largo de estos años en los que se ha ido cimentando una programación constante y de calidad se ha ido forjando al mismo tiempo un público progresivamente más entendido, fiel y exigente. Creo que es así, aunque los efectos de la crisis se hagan notar en el descenso de su asistencia a las salas, lo que repercute a su vez en la programación: salvo excepciones en las que se apuesta sobre seguro, no suelen ser frecuentes los montajes que estén más de un día.

*Crítico teatral

También a lo largo de este tiempo han ido aflorando por el territorio foral un buen número de espacios escénicos bien equipados, con sus profesionales asociados, que han de ser el sustrato en el que crezcan los montajes producidos en Navarra. A través de ellos y de la refundada Red de Teatros sería esperable que los espectáculos de las compañías locales puedan gozar de una cierta estabilidad necesaria para mejorar su profesionalidad y la calidad que se le supone a esta condición.

Tampoco quiero dejar de mencionar el dinámico sector amateur que *trabaja* (este término proporciona un merecido contrapeso positivo a las connotaciones que pueda tener la palabra *amateur*) en Navarra. Además del esfuerzo organizativo plasmado en la federación que agrupa a un buen número de compañías aficionadas, hay que reconocer el enorme mérito e interés de iniciativas surgidas en este entorno, como el Festival de Teatro del Tercer Sector, promovido por el grupo tafallés Gabalzeka, que llega este año a su quinta edición. Una oportunidad estupenda de conocer trabajos realizados por compañías aficionadas de otros lugares de España, algunas de ellas con propuestas muy interesantes.

Y ya que menciono un festival creado por iniciativa *privada* (sin querer darle a esta palabra el matiz de búsqueda de beneficio económico que suele acompañarle), será justo recordar otros como el Inmediaciones, dedicado a nuevos lenguajes escénicos y formas experimentales de representación, y que ha tenido ya con la de este año tres ediciones. Y este 2014 ha nacido uno nuevo: El Gallinero, orientado también hacia el teatro contemporáneo. En esta ocasión se ha celebrado en Cabanillas, pero sus organizadores no descartan hacerlo itinerante.

46

En definitiva, todo esto me produce la sensación de contar con un tejido teatral muy dinámico, en el que proliferan iniciativas tal vez de un alcance limitado, pero interesantes y enriquecedoras. Hay un sector profesional sólido, con artistas experimentados y solventes en casi cualquier rama de las artes escénicas. A diferencia de lo que opinaba un antiguo consejero, no todos los buenos profesionales del teatro navarro han tenido que emigrar a Madrid o Barcelona. Aunque en estas urbes encontremos también a unos cuantos: Alfredo Sanzol, Cirpi Lodosa, Bruno Ciordia, Álex Larumbe, Natalia Huarte, Frantxa Arraiza, Virginia Riezu, entre otros, aparte de los que fueron allí a formarse (o a probar suerte) y han regresado.

El número de profesionales de las artes escénicas radicados en suelo foral es elevado, y su nivel artístico, como he comentado, en líneas generales me parece bueno. Me pasa que en ocasiones el nivel de sus trabajos me parece no situarse a la altura de sus condiciones individuales. A veces, me parecería que podrían ayudarles un poquito de ambición y de riesgo a la hora de planificar sus propuestas. En este sentido, me parece modélica la iniciativa reciente de La Nave colaborando con compañías de otras comunidades autónomas para producir su versión de *El nombre de la rosa* (2013). Un encomiable trabajo de aunar esfuerzos para elevarse por encima del formato reducido, que suele ser el habitual en las producciones teatrales locales, con alguna excepción.

Entre esas excepciones que menciono, la más señera son los montajes producidos por la Fundación Teatro Gayarre. Espectáculos que suelen tener siempre un nivel de calidad notable, lo que prueba lo que he comentado sobre la buena preparación de los *teatros* locales. Recuerdo ahora *La importancia de llamarse Ernesto* (2012), con la dirección invitada de Alfredo Sanzol; la versión de *La casa de Bernarda Alba* (2005), dirigida por Carme Portaceli; la vibrante puesta en escena de Alexander Herold en la divertida *Por delante y por detrás* (2004); o la colaboración con el Centro Dramático de Aragón para realizar las *Tres hermanas* (2007) de Chéjov.

También en ese formato mediano-grande recuerdo con gusto la aventura de los periodistas y críticos Víctor Iriarte y Alberto Garayoa en la producción (también en colaboración con el Gayarre), que fructificó en tres comedias de los autores de *La otra generación del 27: Los ladrones somos gente honrada* (2001), de Jardiel; *Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario* (2003), de Tono; y especialmente *Tres sombreros de copa* (2002), de Miguel Mihura.

La labor dinamizadora del teatro municipal es determinante en la creación de un teatro de calidad, pero no es la única. De alumnos egresados del principal foco formador de actores en esta comunidad, la Escuela Navarra de Teatro, han surgido propuestas que, en mi baremo personal, están entre lo mejor que he visto en estos últimos quince años. De Caracois, por ejemplo, recuerdo la impresión que me produjo su revisión de los poemas y canciones de Bertolt Brecht, magistralmente musicadas por Kurt Weill, en *A los hombres futuros* (2005). También de esta compañía son estimables trabajos *Woyzeck* (2007), de Georg Büchner, y *Blanche* (2009), de Noëlle Renaud. La Ortiga TDS es otra compañía *hermana* de la anterior por haber compartido algunos de sus componentes, aunque un tanto más inclinada a un teatro político o de denuncia social, como deja claro el acrónimo que lleva en el nombre. Podría decirse que La Ortiga ha sido lo más representativo de un germen de teatro independiente surgido en Navarra en los últimos años. Prácticamente todos sus trabajos han merecido la pena, desde el incómodo texto de Camus *Los Justos* (2002), con el que se estrenaban, hasta su último montaje hasta la fecha: *El idiota* (2012), adaptación de Ángel Sagüés de la obra de Jaroslav Hasek *Las aventuras del valeroso soldado Schwejck*; pero tengo un recuerdo especial de *Luces de Bohemia* (2008) y del inolvidable Max Estrella compuesto por Javier Ibáñez. Y una pequeña joya: la adaptación de la pieza de Brecht *¿Qué cuesta el hierro?* (2009) en el más puro estilo de teatro épico, dentro del ciclo de *Pequeñas obras de grandes autores* que organizaba el Gayarre.

Y si Navarra ha contado con un germen de teatro independiente, también tiene su correspondiente botón de muestra de un teatro comercial. Su representante por excelencia es el grupo Iluna, que ha encontrado un filón en la comedia de referentes locales. Así lo explotaron desde que Miguel Goikoetxandia tomó el timón de la autoría, con *No hay rival pequeño, 50 navarros y punto* (2005), una comedia que superó el medio centenar de representaciones; un pequeño récord foral (en ese formato medio para adultos; no cuento los espectáculos unipersonales ni el teatro infantil), aunque por detrás del mítico título de Patxi Larrainzar, *Navarra, ¿sola o con leche?* Iluna ha seguido llenando salas con sus obras pos-

teriores, al tiempo que trataba de variar progresivamente su estilo hacia propuestas temáticamente más profundas, aunque sin salirse del todo del refugio de la comedia. Ejemplo de esto son *Cerdo agridulce* (2012) o *Nosotros, que crecimos odiando la movida* (2011), aunque seguramente su obra más representativa siga siendo su sátira de la política foral *Ramplona 2016* (2010 y 2013). Fruto de su enorme capacidad de conectar con el público, Iluna tiene también el mérito de haber conseguido llevar algunas de sus producciones fuera del territorio foral, lo cual no es nada sencillo.

No resulta fácil agrupar montajes en conjuntos significativos de algún tipo. He intentado hacerlo en los párrafos precedentes, pero en mi recuerdo las obras que me han gustado aparecen las más de las veces como fogonazos momentáneos antes que como hitos enlazados en la trayectoria de alguna compañía determinada. Supongo que será por ese teatro casi de supervivencia al que obligan las circunstancias (cuyo análisis daría para otro artículo; escrito, eso sí, por alguien con más conocimientos que los míos), que hacen que los grupos se hagan y se deshagan, y que sus componentes pasen de unos montajes efímeros a otros producidos casi a vuela pluma y a los que les espera una difusión previsiblemente reducida. Así, recuerdo la poética e intrigante propuesta de TDG La Perola *Me quiero vivir* (2008) (cuyo título, al menos, ha pervivido en la librería de la Plaza del Castillo que regentan dos de las integrantes de la compañía). O el clown circo de *Makina* (2007), de la compañía La

48

Banda, dirigidos por Ángel Sagüés. Alguno de los miembros de este grupo estuvo luego en Circus Tanzania, firmantes de *Frágil* (2011), un extraordinario montaje que recogía con gusto influencias del mejor teatro circo. De La Caja Flotante guardo memoria de su único montaje, *El círculo de tierra* (2012), versión de una de las obras más famosas de Brecht: El círculo de tierra caucasiense. No me olvidó tam-

poco de *Zapatos* (2008), una pieza con la que Charo Gallego e Imanol Espinazo estrenaban en Zizur un texto de Irma Correa, una de las jóvenes promesas del teatro español (o más que una promesa: premio SGAE y un par de nominaciones a los Max). Espinazo estrenó más tarde *A ambos lados del muro* (2010) con Pablo Sánchez (o del Mundillo), un montaje que, si bien contenía imperfecciones, representa para mí un buen intento de hacer cosas arriesgadas y diferentes.

Tanto en la autoría como en la interpretación, Pablo del Mundillo se ha convertido en una presencia ubicua en nuestra escena. Sin hacer de menos lo que ha venido después, de él me sigo quedando con sus primeros trabajos (o los primeros de los que yo tengo recuerdo): aquel *Cómico de los caminos* (2004) y *De la pérdida de apetito, o de cómo conocí al extraño caballero Don Quijote de Navarra* (2007). Espectáculos de *one man show*, pulidos, especialmente el primero (más de doscientas funciones), a fuerza de llevarlo por caminos, bares y salas de cualquier tamaño y condición hasta adquirir la consistencia dura y redonda de los cantos rodados.

Los trabajos en la dirección del chileno Álvaro Morales sí que tuvieron una cierta continuidad, aunque truncada por el retorno a su país natal en busca de mejores perspectivas laborales. Una pérdida para la escena local. Antes de irse dejó, eso sí, prueba de su buen hacer

con la compañía La Llave Maestra, que cuajó en dos montajes: *Bestiario* (2011) y *Delirios de papel* (2011). Preciosos productos híbridos de teatro físico, de objetos y de máscaras que han continuado con vida al otro lado del charco.

Y sigo recordando, aunque sea ya casi con el desorden del delirio: imprescindible y conmovedora *Voces y silencios. Pamplona 7 de julio de 2008* (2013), la visión de Sandra Arróniz sobre el asesinato de Nagore Laffage. Más: el encanto de la voz y el acordeón de Eurne Arizu y la maestría en la percusión de Txus Eguílaz (Majolie DO) en *Olivia y Oliver* (2013). Muchos de los hallazgos cómicos que Trasteando Teatro extraía casi de la nada en *Escenikas a medianoche* (2012). El clown bien desarrollado de Lorena Arangoa en *Enmismada* (2011). La versatilidad interpretativa y el trabajo corporal de Ion Barbarin en *El mono sabio* (2013). El gusto por el detalle y la precisión dirigiendo de Víctor Iriarte en *Terror y miseria en el primer franquismo* (2005). Y de este mismo, pero en su faceta de autor lo poco (lamentablemente) que hemos podido ver representado. Destaco dos comedias: *¡Chsssss!* (2005) y *Analogía inversa* (2011). Ambas, obras breves representadas en el Gayarre, como también lo fue la espléndida *Pequeños movimientos* (2005), de Maite Pérez Larumbe.

No quiero terminar sin mencionar algunas muestras de funciones para público familiar, algunas de las cuales me han hecho pasar estupendos momentos en una sala de teatro. Un recuerdo para un título casi mítico, como *El secreto de Lena* (1997), de Sambhu Teatro; o los cuidados montajes firmados por Gus Marionetas (*La princesa de fresa* -¿1997?-, *El traje nuevo del emperador* -2000-), que cumplen veinticinco años dedicados al oficio. Otras que llevan también una buena carrera dedicándose con elevados niveles de calidad a la farándula para niños son *Pasadas las 4: Cuentos de un ciempiés* (2007), *Juegos de niños* (2009), *Ploc, ploc... ¡PLIK!* (2013), montajes que tienen en la mezcla de música y teatro su seña de identidad más clara. Otros: la habitual maestría en el conocimiento de los resortes argumentales de Víctor Iriarte en *Misión imposible: el ratoncito Pérez contra la bruja Caries* (2011). Las dos incursiones de La Ortiga TDS en el teatro familiar: *Momo* (2010), dirigida por Álvaro Morales, e *Invierno eseose* (2007), con texto de Javier Izcue. Este también firmaba *Muri, un lémur con mochila* (2008), otra brillante muestra de este género.

Me habré dejado muchas otras y tal vez alguna de las que menciono pueda ser discutida por otros espectadores. Todo esto no deja de ser una selección muy personal de cosas que me entretuvieron, me hicieron reír, pensar o estremecerme en un teatro (o en la calle, cuando se terció así), que es lo que pretende, o debería pretender, el teatro y cualquier arte: producir un efecto en quien lo ve. Para mí, cumplieron su misión, y ya nunca morirán del todo. Al menos mientras puedan permanecer en mi recuerdo.